

Ciudad: experiencia y vivencia

Juan Luis Moraga

Resumen

Es central en el estudio sobre Walter Benjamin la distinción que establece entre vivencia y experiencia. Existe la necesidad de una fina distinción en la definición de aura que Walter Benjamin define en «La obra de arte en la época de la reproductibilidad técnica» y su definición del concepto de experiencia.

En este breve texto vinculamos vivencia/experiencia y la imagen como herramienta, para rastrear desde Walter Benjamin la consolidación del sistema capitalista, y su entronización en la ciudad metrópolis o conurbación. Es decir, la ciudad es el sistema y el sistema es la ciudad.

Alteraciones y desplazamientos provocados por el sistema, han conseguido mutar en la ciudad aquello de lo que el sistema se apropia y a su vez se adapta. Algunas de ellas brutales como el plan de Georges-Eugène, Barón Haussmann, para la ciudad de París en el siglo XIX. Siempre al acecho a que todo se adapte, el sistema termina identificándose con la ciudad *metrópolis* contemporánea.

Un aspecto de la obra de Walter Benjamin, que nos coloca en medio del camino de la sensibilización sobre el habitar y la ciudad contemporánea, surge de la distinción que establece entre vivencia (*Erlebnis*) y experiencia (*Erfahrung*).

Esto es, según Scholem (2003), un asunto central en su obra. Se puede decir que toda la obra de Walter Benjamin está dedicada a dejar en claro el triunfo de la vivencia, de la sensación y que la Arcadia donde esta se cumple magníficamente, de la mano de la imagen, es en la *metrópolis*.

La pérdida de la experiencia está estrechamente ligada a la transformación del hombre en autómatas en la modernidad.

Las reflexiones de Walter Benjamin sobre la época moderna, realizadas en el marco del cuestionamiento filosófico y político de la categoría burguesa de progreso — que definen dicha época —, apuntan a definirla como una dialéctica entre lo nuevo y lo siempre igual:

La «modernidad» es la época del infierno. Las penas del infierno son lo novísimo que en cada momento hay en este terreno. No se trata de que ocurra «siempre otra vez lo mismo», y menos de que aquí se trate del eterno retorno. Se trata más bien de que la faz del mundo, precisamente en aquello que es lo novísimo, jamás se altera, de que esto novísimo permanece siendo de todo punto siempre lo mismo. —Esto constituye la eternidad del infierno. Determinar la totalidad de los rasgos en los que se manifiesta la «modernidad» significaría exponer el infierno (Benjamin, 2004: 558-559).

I

Estas transformaciones, que son producto de las fuerzas del capital y de las fuerzas de la tecnología, son visibilizadas en las Grandes Exposiciones Mundiales. Estas tienen un especial impacto en el triunfo del capitalismo y en la conformación de la ciudad.

Las obras arquitectónicas más propias del siglo diecinueve —estaciones ferroviarias, pabellones de exposiciones, grandes almacenes (según Giedion)— responden, en su conjunto, a demandas colectivas. Por estas construcciones, «mal vistas, cotidianas», como dice Giedion, es por las que se siente atraído el *flâneur*. En ellas ya está prevista la aparición de las grandes masas en el escenario de la historia (Benjamin, 2004: 457).

En definitiva, las Grandes Exposiciones Mundiales se transformaron en una especie de *Summa* que “esclarecía” el pasado y festejaba los tiempos modernos partiendo siempre de un libreto evolucionista y esperanzador que imaginaba el cambio de siglo como el traspaso hacia un universo de bienestar. Dicha esperanza venía del pensamiento occidental, que concluía por entonces en aceptar como dogma, la capacidad de la ciencia para remediar todos los problemas. Este estado de gracia, un período llamado “Belle Époque”—idílico período de entre siglos que fuera abatido

por la Primera Guerra Mundial— personaliza el nacimiento, esplendor y decadencia de las exposiciones, fuentes de la modernidad.

Las Exposiciones Universales transfiguran el valor de cambio de las mercancías. Inauguran una fantasmagoría en la que se adentra el hombre para dejarse enajenar.

La fantasmagoría de la cultura capitalista alcanza su despliegue más luminoso en la Exposición Universal de 1867. El Imperio está en la cumbre de su poder. París se confirma como la capital del lujo y de las modas. Las Grandes Exposiciones Mundiales se fueron opacando en la medida que la ciudad fue la imagen del capitalismo y del progreso, capaz de construir para las personas el espejismo de un habitar paradisiaco.

Comercio y tráfico son los dos componentes de la calle. Pero resulta que el segundo ha desaparecido en los pasajes; su tráfico es rudimentario. Es sólo calle ávida de comercio, que únicamente se presta a despertar los apetitos. Porque en esta calle los jugos dejan de fluir, la mercancía prolifera en sus márgenes descomponiéndose en fantásticas combinaciones, como los tejidos en las úlceras. El *flâneur* sabotea el tráfico. Tampoco es un comprador. Es mercancía (Benjamin, 2004: 77).

Se abandona entonces a las sugerencias, al disfrutar de la enajenación de sí mismo y de los demás en el espacio acomodado del cual dispone la ciudad.

II

La experiencia moderna en su conjunto había sido modificada por el impacto de la tecnología sobre la sensibilidad humana.

El confort aísla. Por otro lado acerca a su beneficiario a lo mecánico. Al inventarse las cerillas hacia mediados de siglo, entran en escena una serie de innovaciones que tienen todas algo en común: sustituir una sucesión compleja de operaciones por una manipulación abrupta (Benjamin, 1972: 146).

Por tanto, el empobrecimiento de la experiencia debería ser comprendido como una lectura de alto impacto sobre las políticas del cuerpo del capitalismo tardo-moderno. Esta política castigadora del cuerpo se materializa en la guerra moderna y sus fenómenos inconcebibles como los campos de concentración y se continúa en las Metrópolis.

Las políticas sobre el cuerpo, que Benjamin anticipaba, se pueden ejemplificar hoy de varias maneras y en cualesquier Metrópolis; por ejemplo a través de la intervención policiaca. En nuestra ciudad metropolitana y gran conurbación de Santiago esa práctica represora es propia de la ciudad-estado frente a las expresiones masivas, frente a la muchedumbre. Si a Baudelaire y Poe les llama la atención y asusta la muchedumbre misma, hoy es particularmente angustiante la disposición del aparato represivo de la misma. Pero lo más significativo es cuando el castigo, de unos u otros, policías y gente, es aplaudido por unos y otros. Esta práctica en la ciudad es reseñada por la escritora chilena Diamela Eltit en una entrevista sobre su libro “Fuerzas Especiales”:

A mí me ha impresionado que la población La Legua esté intervenida policialmente hace tantos años. Ya es un lugar punitivo, pero solo que ahí vive mucha gente, no es una población, son personas que forman una población. La Legua es un caso ejemplar, una experiencia política, en el sentido más científico del término. Yo no conozco sus ejes, su funcionamiento, pero claramente es un dispositivo político policiaco que ya no pretende cambiar la población, sino mantenerla como sitio de expiación. Por otro lado, he estado pensando mucho en las armas como la industria de las industrias: la industria madre. Creo que ahí hay una matriz que es muy distante: una cosa son las grandes fábricas de armas y otra cosa es una población periférica de un país pequeño intervenida (Cárdenas, 2013).

Como bien dice la escritora chilena, no se pretende cambiar la población sino mantenerla en su expiación; es dicha expiación y el espacio en que se realiza el triunfo de la modernidad capitalista y el advenimiento de la ciudad segregada.

Aquellos que fueron lúcidos sobre su época previeron el peligro del progreso: tal como el ensayista y poeta francés Charles Baudelaire, para quien el peligro del progreso consistía en la gradual “desacralización” de la obra artística y en su pertinaz acercamiento al público, para Walter Benjamin la lógica del nuevo sistema acentuaría las divisiones sociales y por extensión no es que sólo fuera a negar las posibilidades de acceder equitativamente al disfrute de la cultura, la ciencia y la tecnología (*que son el aliciente para la movilidad social, el impulso para trabajar para el capitalismo*), sino en mantener un castigo permanente sobre los cuerpos.

Charles Chaplin en su película “Tiempos Modernos” expone brillantemente el castigo sobre el cuerpo expresado en la repetición embrutecedora del trabajo fabril. Sobre este tópico reflexiona Benjamin:

No en vano subraya Marx que en el trabajo manual la interconexión de cada uno de sus momentos es continua. Esta interconexión se independiza cosificadamente en la cinta sin fin frente al obrero de la fábrica. La pieza trabajada alcanza ese radio de acción sin contar con la voluntad del obrero. Y se sustrae a éste con igual obstinación (Benjamin, 1972: 147).

Las fuerzas del capitalismo expresadas por medio de las transformaciones tecnológicas que concluirían en las actuales Metrópolis, se sienten en una generación que todavía privilegiaba la calle y que de un momento a otro se encuentra con la muchedumbre, con las grandes avenidas, y que quedaría sin habla por el shock que produjo la primera guerra mundial.

Benjamin observó en su tiempo presente, que este avanzaba inexorable hacia el fascismo, se imponía con una fuerza que amenazaba las formas sociales de la transmisión de la memoria y por ende el futuro de lo humano. El autor mantendrá dicha observación hasta sus últimos textos, tales como las así llamadas “Tesis sobre la Filosofía de la Historia”. En este escrito, verdadero testamento filosófico, la tesis octava se refiere a un estado de excepción y a los oprimidos:

La tradición de los oprimidos nos enseña que el “estado de excepción” en que vivimos es la regla. Tenemos que llegar a un concepto de historia que le corresponda. Entonces estará ante nuestros ojos, como tarea nuestra, la producción del verdadero estado de excepción; y con ello mejorará nuestra posición en la lucha contra el fascismo (Benjamin, 2009: 43).

Cuando Benjamín nos habla de “estados de excepción” y “oprimidos”, podemos suponer dos cosas: primero que desde su obra “Sobre algunos Temas en Baudelaire” (Benjamin, 1939), donde habla de la mecanización de la vida y del doloroso entrenamiento de los obreros, observa la opresión es sobre el cuerpo y *segundo* la expresión “estado de excepción”, es un lugar común en el desarrollo de las democracias contemporáneas que asume otros nombres tales como “Ley Anti-terrorista”.

Por otra parte; el oprimido es el sujeto de penalización y representaría hoy un concepto/expresión: cuerpo *incircunscrito*, creado por Teresa Caldeira, socióloga brasileña, para designar la idea de que el cuerpo, en la

sociedad brasileña, especialmente de la Metrópolis de San Pablo (Brasil), es visto como algo manipulable, donde no hay límites para dicha manipulación.

El cuerpo es concebido como un locus de castigo, justicia y ejemplo en Brasil. Es concebido por la mayoría como el lugar apropiado para que la Autoridad se afirme a través de la producción de dolor. En los cuerpos de los dominados- niños, mujeres, negros, pobres o supuestos criminales- los que están en posición de autoridad marcan su poder procurando, por medio de la producción de dolor. Purificar las almas de las víctimas, corregir su carácter, mejorar su comportamiento y producir sumisión (Caldeira, 2007: 444).

La estrategia del sistema, al concebirse como Metrópolis, es la capacidad de invisibilizar a las víctimas que inexorablemente dejan su “progreso”. Las ciudades se construyen sobre un patrimonio que es la parte triunfante de la historia contada por los vencedores a partir de manipular los conceptos tales como: que los hombres son iguales y sin embargo conviven en una ciudad segregada donde la diferencia se manifiesta claramente. ¿Cómo se sostiene esta contradicción? Una manera de explicar el fenómeno es por ejemplo el hecho que en nuestras Metrópolis los Malls o Centros Comerciales son iguales, tanto en las zonas altas y privilegiadas de la ciudad como en las zonas medias bajas, donde acuden gentes de menores recursos. La ilusión de lo idéntico o igual, de participar en el mismo espacio de consumo, ayuda a mantener la idea de que somos todos iguales.

Referencias bibliográficas

- SCHOLEM, Gershom (2003): *Walter Benjamin y su ángel: catorce ensayos y artículos*. Buenos Aires: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- BENJAMIN, Walter (1972): *Iluminaciones II. Baudelaire. Un poeta en el esplendor del capitalismo*. Salamanca: Taurus.
- BENJAMIN, Walter (2004): *Libro de los pasajes*. Madrid: Akal.
- BENJAMIN, Walter (2009): *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*. Santiago de Chile: Lom.
- CALDEIRA, Teresa T. (2007): *Ciudad de Muros*. Editorial Gedisa.

CÁRDENAS, María Teresa: “Malabarista del lenguaje”. Entrevista a Diamela Eltit para la Revista de Libros de El Mercurio. Domingo 16 de junio de 2013. Recuperado de <<http://letras.s5.com/delt200613.html>>. Fecha de ingreso: 21 de septiembre de 2014.